

Los profetas no mueren

En el adiós de Helder Câmara

Manuel Alcalá, S.J.*

EL 27 del pasado agosto fallecía, en su pobre residencia de Recife (Pernambuco) su arzobispo dimisionario Helder Pessoa Câmara. Al día siguiente varios millares de personas acompañaron sus restos, durante tres horas, hasta la catedral de Olinda su otra sede, donde debía ser enterrado.

Helder Câmara nació el 7 de febrero de 1909 en Fortaleza, la capital del estado brasileño de Ceará. Su familia era católica como la mayoría de la población indígena. João su padre, fue crítico teatral. Su madre, maestra de primera enseñanza. Aquella casa de 12 hermanos fue para Helder primera escuela de amor, convivencia, estima del trabajo y solidaridad cristiana.

En tal ambiente de austeridad y dificultades maduró casi espontáneamente su temprana vocación al sacerdocio. A los 14 años marchó al seminario, dirigido por los padres lazaristas franceses. A los 22, tras los cursos usua-

* Escritor y periodista. Madrid.

les, se ordenó sacerdote (1931). Su formación, típica de entonces, fue más escolástica que práctica y mucho más orientada a la administración sacramental que a la pastoral social.

Era lógico que aquel neosacerdote, vivaz, creador y curtido, fuera destinado al trabajo juvenil con la JOC (Juventud Obrera Cristiana) en la archidiócesis donde, tras el despegue industrial, surgían cuestiones laborales, reivindicaciones de sindicatos y de izquierda, acaudillados por el partido comunista, el «anticristo» de turno. Tal vez esto explica que el joven sacerdote se inclinase por las organizaciones derechistas, más o menos radicales. Con permiso de su obispo entró en la LCT (Legión Ceareana del Trabajo), que abandonó cuando el grupo se transformó en partido político, de clara orientación integrista con ribetes dictatoriales.

Converso innovador

EN 1936, H. Cámara fue trasladado a la archidiócesis de S. Sebastián de Río de Janeiro. Allí actuó con energía en la batalla de la enseñanza religiosa en la escuela. El acontecimiento que más le influyó entonces fue su trabajo con los pobres en las «favelas», la dolorosa corona de espinas que rodea a la gran urbe.

En 1950, durante un viaje a Roma, para participar en el «Año Santo», H. Cámara hizo gran amistad con G. B. Montini, íntimo colaborador de Pío XII. En tal ocasión, el joven sacerdote sugirió al futuro Papa, Pablo VI, formar en la iglesia brasileña, una «conferencia nacional de obispos» para su mejor coordinación pastoral. Aprobado el proyecto, don Helder sería su primer secretario. Poco después (1952), mostró su capacidad organizativa en el «Congreso Eucarístico Internacional» de Río y la puesta en marcha del CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano). En la 1.^a reunión sería elegido su primer vicepresidente (1955).

Su intenso trabajo y su compromiso social fueron reconocidos por Pío XII, que le nombró obispo auxiliar del cardenal-arzobispo de la ciudad, J. Barros. Fue entonces cuando H. Cámara, a quien se había otorgado el título de «arzobispo-obispo», tuvo su conversión interior. Se dio cuenta de que los pobres le exigían ser su «profeta». Para eso necesitaba más autonomía de la autoridad estatal y mayor libertad en su misma Iglesia. La relación entre ambas magnitudes, a primera vista ideal, le escandalizaba, debido a su colaboración de hecho, en las estructuras injustas del país. Con todo, faltaba el clima eclesial que llegaría al poco tiempo con Juan XXIII y el Concilio Vaticano II.

Los riesgos

HELDER Cámara participó en las dos primeras sesiones conciliares, durante los otoños de 1962 y 1963. Sus actuaciones en el aula fueron «inapreciables» en doble sentido: discretas en público, valiosas entre bastidores. Su simpatía de trato con los obispos, teólogos y periodistas era increíble. Por esto, al fin de la primera sesión, se le invitó a una misa ante los medios de comunicación. En su homilía valoró bien la situación nueva de un concilio «atípico» y las sugerencias venidas de la periferia, frente a los usuales encastillamientos de la curia romana. Su deseo principal era abrir la Iglesia al mundo, especialmente el de los países pobres y subdesarrollados. Junto a ello, la insistencia en el diálogo eclesial con los cristianos separados, los judíos y con todas las religiones del mundo. Pronto se le conocía como el obispo profético y el hombre de proyectos universales, a ejemplo del Papa Juan XXIII, a quien él consideraría como su maestro.

Sin embargo, el sector más reaccionario del catolicismo local intuyó en seguida el impacto de H. Cámara y lo motejó de «obispo rojo». La peligrosa alusión, pretendía desacreditarlo ante la policía y las fuerzas armadas. Aquella maniobra fue, con todo, descubierta por su viejo amigo. En marzo de 1964 Pablo VI, muy alerta a la peligrosa situación brasileña, hizo al auxiliar de Río, arzobispo de Olinda-Recife (Pernambuco). La archidiócesis combinaba el temple rural de una antigua diócesis del país (1676) con los problemas urbanos de la capital de un estado rico y prometedor, llamada «la Venecia brasileña», con un millón de habitantes y decenas de problemas sociales, económicos y políticos. Era, en realidad, salir de un avispero para entrar en otro, pero con una autoridad moral claramente reforzada.

Días después de aquel nombramiento, estalló el golpe de estado en contra del presidente J. Goulart. La conferencia episcopal brasileña quiso capear el temporal con una carta colectiva que, alabando la liberación del comunismo, abogaba por un nuevo orden social que restituyese las libertades y derechos humanos. En tal estado de ánimo marcharon los obispos brasileños a la tercera sesión del Vaticano II (1964).

H. Cámara, como si nada hubiera ocurrido, siguió contagiando sus inspiraciones a un concilio donde surgían también las tensiones entre una gran mayoría, abierta al futuro, y una minoría hermética, de la que luego llegaría el típico cisma posconciliar, aunque esta vez del sector integrista. La presencia del arzobispo brasileño en varias subcomisiones: «signos de los tiempos» y «problemas socioeconómicos» del mundo, fue decisiva en la redacción de la «Gaudium et spes», constitución pastoral sobre la Iglesia y el mundo. Al

final de aquella tercera sesión, H. Cámara en una conferencia ante la prensa, pidió abiertamente la canonización de Juan XXIII y el respeto para los derechos humanos, especialmente de los más pobres. Era una denuncia a su país.

Todavía al final de la cuarta y última sesión conciliar (1965), le llegaría un nuevo apoyo del Papa. Pablo VI, en su alocución al episcopado latinoamericano, repitió casi literalmente algunas de sus frases. La Iglesia debería estar a la cabeza de la reforma social, siendo el hogar no de los pocos privilegiados sino de la masa, especialmente pobre, ante cuya situación no debía quedar inactiva. La justicia debía transformarse en fundamento de la paz y su nuevo nombre sería «el desarrollo de los pueblos». Así se llamó, años después, su encíclica «Populorum Progressio» (1967).

Cámara se tomó muy serio las frases del Papa Montini. Por otra parte, sus tesis sobre la «educación liberadora» que ya habían impactado a círculos internacionales de teólogos, reunidos en Petrópolis (Brasil) y en otros países, fueron el «humus» de las «teologías de la liberación», en sus líneas espiritual y pastoral práctica.

En la frontera

EN la medida en que las dictaduras pululaban en toda Latinoamérica, la postura de D. Helder se hacía más difícil. Por otra parte, se hizo patente, en toda la Iglesia, la crisis postconciliar a partir de la encíclica papal «Humanae vitae» (1968), en vísperas de la «Segunda Asamblea» del CELAM en Medellín (Colombia). Pablo VI, allí presente, tuvo una actuación decidida, tanto en su condenación de la violencia, como en promover las tesis del desarrollo. Un eco de tal postura sería la conferencia de H. Cámara en Dakar (Senegal), en diciembre de aquel mismo año.

En marzo de 1969, todavía bajo el impacto de la crisis mundial, producida por la invasión de Checoslovaquia y recrudescimiento de la «guerra fría», el presidente Nixon visitó en Roma a Pablo VI. Durante hora y media, ambas personalidades examinaron la situación mundial. Aunque el comunicado oficial del Vaticano fuese muy prudente, pronto se supo que el político norteamericano había presentado al Papa una síntesis del llamado «informe Rockefeller» (1968) que defendía la línea del desarrollismo de la administración Kennedy y denunciaba a ciertos sectores de la iglesia, por colaborar a la infiltración comunista en Iberoamérica. El arzobispo de Olinda-Recife estaba en la lista de los «peligrosos», no tanto por su conducta, sino por su «ingenuidad».

La reacción de Cámara fue fulminante. A comienzos de 1970 inicia una serie de conferencias por Norteamérica y Europa. En Winnipeg (Canadá) se centra sobre los obstáculos por superar en la marcha hacia la comunidad mundial. En la Universidad de Columbia (USA) examina y censura el «informe Rockefeller». Tras saltar a Europa, es recibido en audiencia por Pablo VI, a quien explica su actuación. Días después, en Montreaux (Suiza), habló de la «Conferencia mundial y ayuda al subdesarrollo». Allí reconoció la existencia, en la Iglesia, de corrientes moderadas y avanzadas. Aquellas tienden a «deificar» el concepto de propiedad privada, olvidando la solidaridad que es signo de Dios. Terminó afirmando que el cambio estructural de los países en vías de desarrollo era imposible sin el cambio estructural de los países desarrollados.

Su prestigio crecía en el mundo. Por eso, causaría impacto su declaración, junto con el pastor protestante Albernathy contra de la pobreza el racismo y la guerra. En 1971 habló en Fribourg (Suiza) sobre la «presión moral de la educación» y, en 1972, en Londres, sobre la necesidad de separar la religión de la alienación y el socialismo del materialismo dialéctico. El cristiano no ha nacido para ser esclavo de nada. El 1 de mayo escribió una carta a su conferencia episcopal, denunciando la tortura y las detenciones arbitrarias en su patria. Su posición de avanzada coincidía con las de la mayoría de su conferencia episcopal, renovada por los nombramientos de Pablo VI. Su viaje a Europa de aquel año culminó en Turín y en Milán, donde denunciaría los peligros materialistas del «mercado común europeo». A comienzos de 1974 recibe, en Oslo, el «premio popular de la paz». En su discurso, una defensa de la persona, pide la colaboración de los humanistas ateos en el proceso de pacificación mundial.

En otoño de 1974, durante la III asamblea ordinaria del «sínodo de los obispos» sobre la «Evangelización», intercede por los pobres, mientras que en el aula surgen reservas sobre las «teologías de la liberación». El cardenal Felici, antiguo secretario del Concilio, censura una cita atribuida al arzobispo brasileño, sobre K. Marx. Lo hace delante del Papa y aunque, a primera vista, aquello no tuviese gran importancia, era, con todo, un aviso de la poderosa curia romana. De regreso a Brasil, H. Cámara tuvo en Manchester un memorable discurso sobre «los siete pecados capitales de nuestro tiempo»: racismo, colonialismo, guerra, evasión, paternalismo, fariseísmo y miedo.

En 1975, mientras que se degrada la situación de su país y surgen tensiones del CELAM, la CLAR (Confederación Latinoamericana de Religiosos) y la curia romana, sobre las «teologías de la liberación», H. Cámara envía un

mensaje a los religiosos y pide apoyo en acciones no violentas frente a la injusticia. Pronto el episcopado vive la humillación de uno de sus miembros y el asesinato de J. B. Penido SI, confundido con el obispo español P. Cadaldálga CMF, contra quien se planeaba el atentado.

La actividad de Cámara fue menor en la segunda parte del decenio de los años setenta. No sólo su salud comenzó a dar síntomas de debilidad. Además surgieron dificultades dentro de su país y de su Iglesia. Mientras que el Estado silenció todas sus actividades en la Televisión, varios obispos se quejaron a Roma de que Cámara no contaba con ellos, al actuar en territorios de sus respectivas jurisdicciones. A eso se añadieron desde la curia romana, quejas de que el arzobispo de Olinda-Recife no atendía debidamente a su diócesis. Incluso se le llamó la atención discretamente, por miedo a la opinión pública. Con todo, en 1976, D. Helder tuvo un valiente discurso en el «Congreso eucarístico internacional de Philadelphia» (USA), sobre las «Tensiones entre países ricos y pobres» y modo de superarla que no podía ser sino la conversión de todos al Evangelio.

Declive y ausencia

CON la muerte de Pablo VI, H. Cámara perdió, no sólo a un Papa sino a un amigo y a un protector. Al ser elegido Juan Pablo II (1978), cuya trayectoria había conocido en el aula conciliar, el arzobispo brasileño intuyó profundos cambios eclesiales. Esto se confirmaría, primero discretamente, en la «III asamblea del CELAM» (1979), bajo la presidencia del Papa Wojtyla, donde se pusieron sordinas a Medellín y, sobre todo, en la década siguiente. Entonces empezaron, en la Iglesia brasileña y en otras, los cambios en el nombramiento de obispos y numerosas rectificaciones en algunas medidas, adoptada durante el entusiasmo del primer postconcilio.

La visita apostólica de Juan Pablo II a Fortaleza, al «congreso eucarístico» en su ciudad natal (1980), trajo a H. Cámara algún consuelo. El Papa se mostró amable con él y le llamó «padre de los pobres», pero aquello no frenó el proceso de marginación real, poco después acentuado por los primeros síntomas de una salud decadente. El arzobispo de Olinda-Recife, consciente de tal situación, se dedicó más a la «Iglesia de los pobres» de su archidiócesis y a publicar sus conferencias, como «El espiral de la violencia» e «Iglesia y colonialismo».

Al llegar a los 75 años (1985), D. Helder, siguiendo la vigente reco-

mendación del derecho canónico, presentó al Papa la dimisión de su archidiócesis. Le fue aceptada de inmediato. Pocas semanas después, se le nombró sucesor al obispo de Paracatú, diócesis sufragánea de Brasilia, José Cardoso Sobrinho OC. Profesor y canonista se situaba pastoralmente en los antípodas del profeta. Con esto comenzó la verdadera marginación del arzobispo dimisionario y el desmantelamiento de casi toda su obra. El nuevo arzobispo no le consultó jamás la menor decisión pastoral.

Todavía D. Helder que se había trasladado a una pobre mansión en un barrio de Recife, estuvo junto al episcopado brasileño en la II visita apostólica de Juan Pablo II al Brasil con motivo del Congreso Eucarístico de Natal (1991). También vivió con tristeza la «IV asamblea del Celam» (1992) en Santo Domingo, de hecho alejada más aún de Medellín. Poco después surgieron síntomas de una dolencia grave que minó la salud de D. Helder. Sus últimos años los pasó casi inmóvil y con mucha dificultad de expresión. En esto, como en otros aspectos, se asemejó a su amigo el general de los jesuitas, Pedro Arrupe († 1991).

En cierta ocasión, con motivo de su 25 jubileo episcopal, Helder Cámara había dicho: «Afortunadamente no estamos obligados a triunfar. Dios no nos pide victorias. Pide esfuerzo. El éxito y la victoria no dependen de nosotros, gracias a Dios. Muchas veces cuando se piensa que el fracaso es total, estamos en vísperas de la victoria».

Don Helder murió con 90 años. Hasta expirar mantuvo en sus ojos aquella llama fogosa que le había acompañado en vida y, en sus labios, una sonrisa imborrable. Al desaparecer, los profetas no mueren. Se van con Dios y dejan en la Iglesia peregrina de su tiempo puntos de referencia, proféticos e inolvidables. Una tal instancia, en la Iglesia del Vaticano II, ha sido y será el arzobispo Helder Pessoa Cámara.